

“TESTIGOS DE ESPERANZA EN UNA EPOCA OSCURA”

Por CASIANO FLORISTAN

La exposición del tema “Testigos de Esperanza en una época oscura” lo voy a dividir en tres partes, y en cada una de ellas solamente voy a hacer algunas sugerencias, es decir, indicar algunos aspectos. Empezando al revés, según el título, comienzo por, o comenzaré por dar algunos rasgos, dos, de esta época oscura que dificultan hoy el testimonio cristiano y que por otra parte lo hacen necesario. De la esperanza no voy a decir directamente casi nada, puesto que toda la semana se ha desarrollado en torno al tema y ya se ha dicho mucho. Únicamente algunos acentos, y por último me entretendré un poquito más en lo que se puede llamar “una teología del testimonio cristiano” o “una teología del testigo creyente”; al menos algunas pinceladas o notas.

Después de la Segunda Guerra Mundial hubo en Francia y desde Francia pasó a otros países, entre ellos España, lo que algunos han llamado una especie de movilización misionera con unos acentos, entre otros, dos bastante marcados, el del testimonio y el del compromiso. El del testimonio fue evidente allá por los comienzos del cincuenta, cuando se hizo un cambio, una transición, de la apologética al testimonio. Se trataba de mostrar la fe más que demostrarla. Eran los tiempos de Pío XII, y es conocida una frase de él: “Necesitamos más testigos que apologetas”; y al mismo tiempo se acentuó, casi primordialmente, el compromiso llamado primero temporal, y que posteriormente fue llamado sociopolítico o simplemente político. En la situación actual, y yendo a grandes rasgos, podemos decir que aquella ideología misionera, en el mejor sentido de la palabra, ha dado lugar por distintas fases, sobre todo después del Concilio, y de algunos documentos oficiales, la

“Evangelii Nunciandi”, a la evangelización.

Hoy se habla cuando, se escribe, en todos los grupos, oficialmente también en la Iglesia de la tarea pastoral apremiante de la evangelización. Pocas veces se ha escrito tanto de la evangelización, lo que no sabemos es si evangelizamos. Con el compromiso temporal ha habido muchas oscilaciones y todavía hoy da lugar a muchas discusiones sobre todo cómo debe entenderse el compromiso político de los cristianos. Especialmente, y es lógico después de la “Gaudien et Spes”, del Vaticano II, en que el abanico del voto de los bautizados, no digamos de los cristianos, es amplísimo, sobre todo la presencia de cristianos en los partidos de izquierda y, por otra parte, también se ha estudiado, no demasiado, la práctica religiosa de los votantes. El hecho de la Carta Pastoral de los obispos vascos de hace pocos días ha levantado una cierta polvareda de muchos órdenes, pero también indudablemente sobre la comprensión de donde están los ámbitos y la relación de lo temporal con lo espiritual. Con ello lo testimonial tengo la impresión de que ha adquirido un declive, tanto en lo político como en lo religioso. La palabra testimonial ha pasado a la política, y así hablamos de partidos, grupos testimoniales para indicar que no son demasiados eficaces, son minúsculos, producen una cierta admiración menor, a veces incluso hasta una pequeña compasión.

También en lo religioso el testimonio y lo testimonial han cedido terreno, fundamentalmente a lo compromisal. Hoy, debido al desencanto, precisamente, de que tanto se habla, y supongo que aquí también se ha dicho, al pasotismo frente al compromiso, podríamos revisar si el compromiso de los creyentes, de los cristianos, tiene vigencia y en qué medida.

Rasgos de una época oscura.

Me voy a fijar fundamentalmente de cara al testimonio de los cristianos, luego veremos en qué consiste. Pensé proceder al revés, dar una teoría del testimonio, y luego aplicarla; me ha parecido mejor proceder desde la realidad, desde las dificultades que tiene la realidad, puesto que del testimonio tenemos una precomprensión todos.

Rasgos de esta época oscura solamente acen-túo dos, o señalo dos: Vivimos en un mundo de increencia; y segundo, vivimos en un mundo de injusticia.

realmente resulta estéril o ilegítimo o inútil preguntarse por el sentido de la vida, no merece la pena. No merece la pena preguntarse ni si tiene sentido. Hay otros para los cuales la vida puede tener o tiene un sentido permanente, la promoción del hombre, la promoción de la sociedad, ciertos socialismos, ciertos humanismos, o simplemente gozar de la vida. O algunos van más allá, o más acá, y afirman que tiene un sentido la vida más allá de sí misma, pero desconocido.

El mundo de la increencia es un mundo

Un mundo de increencia.

Quizás este problema es más álgido en los cristianos del primer mundo, del segundo mundo, del mundo desarrollado, en vías de desarrollo y en concreto, en nuestro caso. En cambio para el tercer mundo, especialmente Latinoamérica, el problema no es el de la increencia, aunque al final también lo es sino que es un mundo en estado de injusticia, por supuesto que un mundo en estado de injusticia también nos afecta a todos. Pero vayamos a ese mundo de increencia.

Es evidente, y esto lo sabemos todos, no hago más que hacer apreciaciones, diríamos, un poco generales, casi sabidas o consabidas, que se está generalizando una cultura que podemos llamar "no creyente". No solamente hay pocos creadores que se confiesan creyentes, cristianos, católicos, sino que los generadores de la cultura, de las pautas culturales en distintos aspectos, prácticamente o no son creyentes o aparecen como una cultura, por supuesto, no creyente. Recordemos la génesis del ateísmo, del agnosticismo, a partir del siglo XIX hasta hoy, la descomposición de la Cristiandad, sin las apoyaturas para mantener ese cristianismo sociológico con más o menos profundidad, una secularización galopante, incluso una descristianización propiamente dicha.

De hecho nos encontramos, y esto también se ha señalado repetidamente, en un mundo postcristiano, o con unos postcristianos. Naturalmente que los grados de increencias son diversos. Una tesis se ha hecho en Francia donde se analizan, diríamos, las creencias de los increyentes. Y en esa tesis, una investigadora da como algunos grados o diversidades, que podemos tener en cuenta. Hay increyentes para los cuales la vida no tiene sentido, la vida es un sinsentido. Hay otros increyentes para los que

amplísimo, en donde hay diversidad de matices según los lugares donde nos encontremos, por supuesto que en los ambientes universitarios, en los ambientes donde existe una cultura y un nivel económico, un estándar de vida económica suficientemente alto o medio, se presenta de distinta manera que en los barrios populares del mismo Madrid. Claro está, algunos increyentes o del mundo de la increencia, en los diálogos, que los ha habido, no demasiado creo yo, y en estos momentos escasos, con los creyentes protestan de que calificamos los creyentes al mundo de la increencia de un modo negativo, con prefijos negativos: a-teísmo, a-gnosticismo, i-religión, increencia. Y se puede decir que lo normal, lo obvio, casi, en ciertos lugares, no por supuesto en todos, lo normal es la increencia, de tal manera que lo extraordinario es la creencia, hasta tal punto que podíamos decir que los creyentes somos no increyentes, volviendo el prefijo negativo o poniendo otro prefijo negativo para neutralizar. De hecho se observa hoy en muchos mundos esta presencia de no creyentes, a quienes bien por un cierto examen más o menos profundizado, más o menos ligero, y por una fricción motivada por el asunto de la fe no le interesa, no les dice nada, al menos lo confiesan así. Y hay otros, una mayoría, es difícil precisar la proporción, que son no creyentes por absorción de una no fe ambiental. Muchos de nuestros amigos, algunas veces en el interior de las familias, por supuesto jóvenes, se encuentran en su inmensa mayoría en este ambiente, en este ambiente que denominamos aquí, por poner una nota, "una época oscura". Incluso se puede decir, y algunos lo han afirmado también en ciertos análisis, que se da un grado cero de la fe en Jesús o de la afirmación de Dios. Por eso, en esta época los preámbulos de la fe, los preambu-

la fe que estudiábamos hace unos años, es decir, esos presupuestos humanos o asideros racionales de la fe se nos han tambaleado, y no sabemos ya cómo deben ser, de reencontrarlos.

Así los creyentes, en mayor o menor grado, aquí también habría que hacer una tipología, no me entretengo, vivimos y actuamos en este mundo de increencias con diversas dificultades y tentaciones. Un repliegue que a veces es ostensible en comunidades, incluso en comunidades de base, en que sólo en ocasiones podemos profesar la fe, podemos comunicar la fe, podemos explicitar la fe o podemos testimoniar la fe. Hemos profesado la fe o nos decimos cristianos, a veces sólo, en el interior de nuestra conciencia, con el peligro de reducir la fe a la conciencia, a un aspecto, a un ámbito exclusivamente de conciencia o en círculos muy reducidos 'donde ya conocidos, en la familia nos conocemos todos, en ciertos círculos, que a veces no llegan ni siquiera al trabajo pues podemos decir que somos creyentes.

Dar razón de nuestra fe, de nuestra esperanza, a veces es más costoso porque no sabemos dar razones de esta esperanza. Por supuesto que profesamos la fe en la comunidad, distinguiendo también muchos ámbitos, por que nuestras parroquias y nuestras celebraciones de la parroquia es una profesión de fe, con un credo y con pocas más expresiones, un canto común, y si no hay diálogo, y si no hay una espontaneidad, realmente, personalmente tenemos pocas ocasiones de profesar la fe. Si tenemos dificultades para profesar la fe de un modo explícito y no lo hacemos suficientemente, tendremos mucha dificultad de profesar una fe por medio de un compromiso, que esto a mi modo de ver, y luego veremos, es el testimonio.

Un mundo de injusticia

Esto ya en la primera exposición de Ricardo Alberdi lo desarrolló mucho más, todos los problemas que se dan en este mundo, sobre todo los problemas del tercer mundo, con todas las implicaciones que tiene un tercer mundo con un segundo y un primero. Señaló solamente un mundo estructurado en la desigualdad; y ade-

Testigos de la vida frente a las amenazas de la muerte.

más puede ser que en un futuro las desigualdades sean, incluso, más abismales, no parece que haya un consenso generalizado, un acuerdo entre tantas y tantas fuerzas, entre tantos y tantos países para que las desigualdades escandalosas se aminoren, sino que puede ser que

crezcan más. Este es un mundo estructurado en régimen de dominación. Estructurado en régimen de desigualdad; solamente un dato de algunos organismos internacionales que lo hicieron público recientemente, el año 2000, dice uno de estos resultados, habrá 600 millones de hombres, hombres y mujeres, en pobreza absoluta, a nivel de subsistencia o a nivel de sobrevivencia, en que tendrán escasez, y a veces gran escasez, de comida, de vestido, y de vivienda, con una minoría preocupada, fundamentalmente, por su seguridad, amurallada como si viviera en un castillo con sus fosos y sus guardianes y sus perros. Esa minoría, por supuesto, es la detentadora, desgraciadamente, del capital, la técnica, los armamentos y la cultura. Pero además, quizás como la causa de esta estructura de injusticias, es un mundo estructurado en régimen de dominación, de unos países sobre otros, de unos grupos sobre las masas: esta dominación puede ejercerse y de hecho se ejerce, en mil aspectos de la vida.

Testigos de esperanza

Aquí me voy a referir a los cristianos y a la Iglesia. No voy a hacer una distinción, aunque se puede hacer entre los cristianos y la Iglesia. No entiendo, no quiero que la palabra Iglesia tenga la connotación constantemente marcada de una Iglesia oficial, jerárquica, etc. No es fácil recuperar una palabra tan connotada, y por eso empleamos normalmente la palabra comunidad cristiana que tiene una connotación más fresca, más genuina, hasta que sea connotada otra vez. Pero, en fin, voy a referirme a los cristianos y a la comunidad, diríamos no primordialmente, personalmente como testigos de esperanza, naturalmente que la incluyo, testigos de esperanza personalmente y grupalmente o comunitariamente. ¿Cómo podemos ser testigos de esperanza en este mundo que es así o al menos con estos rasgos?. Simplemente pongo dos acentos en este punto.

Primer acento, testigos de la vida frente a las amenazas de la muerte. El segundo acento es testigos de la verdad frente a las insidias de la mentira.

Y aquí retomo y me baso para este punto, fundamentalmente, en el evangelista del testimonio, San Juan, con sus Cartas, que es así mismo el evangelista de la vida y de la verdad. Siendo una teología elaborada, una redacción evangélica, última, posterior a los Sinópticos y a

Los Hechos, por supuesto, esta teología es marcadamente testimonial y con un acento fuerte y un énfasis extraordinario en la vida. Diríamos que el Evangelio de Juan está escrito en clave de creación: Dios comunica la vida, palabra de vida, Jesús es la palabra de vida, Dios es el Dios de la Vida, un vida que es luz, a la que se oponen de una manera increíble, tenaz, tremenda, irritante, escandalosa, las tinieblas de la muerte, la anticreación. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron; dio testimonio a su pueblo, y el pueblo no lo recibió. En esta confrontación, (San Juan es muy antijudío) cuando habla de los judíos, por supuesto son los dirigentes, los responsables del pueblo. Este acento puesto en la vida me parece que es un acento cristiano, entonces ser testigos de la esperanza se puede ser en muchos aspectos, pero creo que en este momento donde la vida está amenazada, cercada, diezmada, creo que los cristianos tenemos que, precisamente por un sentido cristiano y de fe, y desde la fe, ser testigos de una vida.

Por supuesto, primero defensores de una vida en sus niveles primarios sobre todo cuando está amenazada o aniquilada, por violencias estructurales, institucionales, contrainstitucionales, a partir fundamentalmente de una fe en el creador, en el Dios creador; aspecto que olvidamos mucho los cristianos aunque es el primer artículo del Credo; y con muchos énfasis en otros aspectos, olvidamos lo que es, diríamos, de verdad primera y fundamental de la fe.

Esto exige que los cristianos, y no sólo personalmente, sino como colectividad cristiana, como Iglesia, como comunidades, la Iglesia esté preocupada a cristianizar a un nivel histórico y a un nivel fundamental. Es decir, una Iglesia que esté alejada de los problemas de la vida, y de la vida amenazada, y de la vida diezmada y de la vida que no llega a ser vida, de la subhumanidad, es una Iglesia que no cree, que no tiene una creencia fundamental o no tiene una esperanza. Por eso es necesario cristianizar a nivel histórico, porque el hombre, sencillamente, es persona, es materia y espíritu, es personal y social, es producto de la historia (y a veces ¡de qué historia!) y con dificultad, configurador de su propia historia. A veces ni esto.

Como consecuencia, indudablemente, el testigo de la esperanza, que quiere defender la vida y desde los niveles más elementales, tendrá que potenciar unos valores, tendrá que verificar, tendrá que optar, tendrá que seleccionar, unos valores como es la concienciación, la organización, la solidaridad ética en toda lucha, en todo proceso, generosidad en la entrega, y esto sobre todo desde la defensa del pueblo más amenaza-

do. "... Es que el pueblo más amenazado está tan lejos, en el tercer mundo, que a nosotros no sabemos bien lo que pasa...". Esto no es una excusa, indudablemente también hay terceros mundos entre nosotros y sobre todo en la medida en que somos segundos o primer mundo, por no hablar de cuatro mundos, vamos a hablar de los tres que se habló desde hace unos años. Indudablemente somos generadores de dependencias, de algún modo, y poner una conciencia de cuáles son los valores que son defensores de la vida, pero empezando por esta vida más elemental, es fundamental. Naturalmente que el testimonio cristiano, el testigo de la esperanza, que es defensor de una vida, no es simplemente defensor de una vida elemental, sino que tiene que llegar a otros planos mayores, en los cuales podemos distinguir dos, mayores o distintos o recopiladores. Testigos de una vida en plenitud que exige un nivel de trascendencia y un nivel simbólico sacramental. Defensor de una vida o testigo de una vida, testigo de la esperanza, aquí lo entiendo como testigo de una vida, de una vida trascendente, el hombre está remitido a lo previo, mayor que él, en donde se halla su plenitud, su planificación; y toda la apelación a una escatología, a una esperanza cristiana aquí por supuesto la doy por hecha y por expresada. Y a nivel simbólico sacramental, donde se expresa con toda profundidad el régimen histórico, donde se da salida, donde se da esperanza al régimen histórico (no olvidemos que la Eucaristía la celebramos con pan y vino de la creación, de una creación elaborada, de unos componentes naturales, de un pan que no lo podemos comer solos, que el pan debe ser repartido, que es un pan de cada día, y que esto significa, tiene el significado de una entrega, etcétera y que es el pan de la vida diríamos en un régimen sacramental simbólico) Cuando la Iglesia, por las diversas razones que sea, a veces de justificación sospechosa, se desentiende, porque es muy conflictiva esa vida, de las vidas, de la vida elemental, de esa vida amenazada, de esa vida atenazada, atenazada porque no tiene libertad, atenazada porque no hay justicia, atenazada porque se pasa hambre, porque hay desempleo, porque no están distribuidos justamente ni la riqueza ni el trabajo, la Iglesia se desentiende de algo fundamental, se desentiende de una fe en la creación, y se refugia y nos refugiamos muchas veces, en un testimonio de la vida en plenitud, de la escatología; y nos olvidamos de los datos teológicos de la llamada Protología; es decir del comienzo, desde el comienzo, no desde las ultimidades sólo, aunque las ultimidades las anticipemos.

Quizás el hecho máximo que oscurece el mundo y que hace que esta época sea oscura no

es tanto que haya negadores de la existencia de Dios, no creyentes de fe en Jesús, sobre todo si tienen buena fe, sino lo que oscurece el mundo son: la ausencia a niveles primarios porque hay hambre, desempleo, homicidio, incultura, fruto de injusticias justificadas a veces con ideologías enmascaradas (seguridad nacional, imperialismos militares, las dictaduras, especialmente cuando esto se justifica con unas claves religiosas y sobre todo católicas, esto es grave y es serio).

El testigo de la esperanza que defiende una vida en plenitud, por supuesto tiene que desenmascarar, tiene que denunciar, al mismo tiempo que anuncia una vida, tiene que desenmascarar todos estos engranajes, todas estas concatenaciones en la medida de lo posible, y como colectivo indudablemente podrá mucho más, hacer su defensa.

Segundo punto, testigos de la verdad frente a las insidias de la mentira.

Y seguimos aquí, brevemente también, con la teología de Juan. Para Juan a la verdad se opone fundamentalmente la falsedad. Lo contrario de la verdad no es el error, es la mentira, es la falsedad; de tal manera que el adjetivo verdadero sale constantemente en el Evangelio de Juan y en sus Cartas e incluso el término verdad. Por supuesto, el término verdadero, el adjetivo verdadero, está en relación siempre con los hechos, de tal manera que tiene un matiz de veraz, de sincero. ¿Qué es lo verdadero?: lo veraz, lo sincero, lo honrado, lo auténtico, lo real en profundidad. Es un adjetivo que se aplica a la experiencia, a las personas, a las cosas, como sinónimo, repito, de genuino, de auténtico, de real. La verdad en última instancia es la realidad, misma, o incluso el conocimiento de esa realidad, pero el conocimiento de una realidad última no es gnóstico, es antignóstico, no nos salvamos por unas ideas, por unos acontecimientos idealizados y con ideas de una realidad, sino que es verdadero aquel que es fiel con la realidad amenazada para que haya verdadera realidad. El conocimiento, pues, que es experiencia, que es compromiso, es el ser verdadero, el ser veraz. En el fondo es ser fiel.

El ser verdadero es estar en el compromiso. Diríamos que “hacer la verdad”, y es una expresión de Juan, significa, y en esto coinciden algunos intérpretes, no todos, es practicar la fidelidad, obrar honradamente, o como dice el Antiguo Testamento, en los Profetas, llevar a cabo la justicia. No es conocimiento de verdades, no es defensa de las verdades, no es adquirir

un cupo de verdades al modo griego, es tener un compromiso con una realidad amenazada por las sombras de la muerte, de cualquier muerte, con objeto de que resplandezca la verdad en su profundidad. “Tengo por misión (dice Juan 18/77 palabras de Jesús) ser testigo de la verdad, para eso nací y vine al mundo”. O aquella otra expresión, ya muy conocida: “Conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres”; por supuesto que la verdad en profundidad, en Juan, es la vida divina presente y activa en Jesús. Y Jesús es un donador de verdad.

Las implicaciones entre vida y verdad son totales, porque el Evangelio consistirá fundamentalmente, unas veces en acentuar la luz frente a las tinieblas, la vida frente a la muerte y todos los signos, que no son pocos y muy significativos, son signos que comienzan por dar de beber vino, por multiplicar el vino y el

último signo es dar la vida a un muerto. Toda la catequesis que lleva Juan en todos los signos, y son signos simbólicos sacramentales, en última instancia van dirigidos a este aspecto. De modo que testigos de la esperanza se puede ser siendo testigos, fundamentalmente, de la vida y de la verdad. Lo contrario de la verdad es la mentira, es el engaño. La mentira es el dios de los enemigos de Jesús. El dios de la muerte, el principio de la muerte, porque suprime la libertad, porque coarta la vida humana, porque causó la muerte. La misión de Jesús es dar testimonio en favor de la verdad, en favor de la vida, podíamos decir en favor de una vida que es verdad, o en favor de una verdad que es vida.

Por eso como una pequeña conclusión de esta segunda parte, podemos decir que el gran pecado no es el ateísmo, negación de Dios a quien no se ve, el pecado sería la injusticia o la mentira, que es la negación del hermano amenazado, menor, a quien se ve. O de otro modo, lo contrario de Dios en la Biblia no es el increyente o el ateo, sobre todo el de buena fe, sino que es el hombre de mala fe, o el contrario de Dios, de una forma más clara, son los falsos ídolos, o los dioses de la muerte. Lo contrario, pues, del Dios de la verdad no es el error, es el estado de mentira, son los dioses del engaño.

¿Qué tiene que hacer un testigo de esperanza en este mundo en donde la vida está amenazada y donde la verdad está corrompida?. Ser un testigo de verdad y de vida que es un testimonio en toda su profundidad, porque éste puede ser un camino de testimonio de esperanza.

El testimonio cristiano.

Unas pocas notas. El testimonio cristiano es en primer lugar un testimonio. Cuando queremos describir lo que es un testimonio, o hacer lo que algunos han llamado la semántica del testimonio, se pueden ver como tres aspectos, y no hago más que enunciarlos ligeramente para ir al sentido cristiano. El testimonio tiene en primer lugar un sentido que llamamos empírico, el testimonio de hecho, el testimonio es una narración de lo que el testigo ha visto o ha oído, por eso los testigos son oculares o auriculares de lo que ven y lo que oyen.

Por supuesto que el testimonio no es el hecho mismo; ese es irreplicable, ha sucedido una vez. El testimonio es, diríamos, la narración del hecho sucedido y la narración hecha por el testigo. En el relato y la narración el testigo no es neutral, aquí podíamos decir que el testigo ha de ser veraz, no ha de ser mentiroso, ha de ser real, no ha de ser ficticio, no ha de ser capcioso. Se puede traicionar, no es fácil repetir, imposible, repetir el hecho, pero al menos narrarlo con la fidelidad mayor, con la veracidad mayor. Por supuesto que ese testimonio, al narrar y en la narración es a favor de la vida. Pero ese

comunicación de una vida justa. Ayuda a que se cumpla la justicia, a que haya libertad, etc.

Y por último, hay un sentido ético, el testimonio no es solamente una narración ni una declaración, el testimonio también es una decisión, porque el testigo queda implicado en su testimonio hasta el punto de que a veces casi no es fácil distinguir testigo y testimonio. Por eso hay testigos verdaderos y testigos falsos. Testigos falsos que no cometen error, sino que cometen lo que es mucho peor, mentira. Diríamos, los que pervierten, son los pervertidores. En cambio los testigos verdaderos son los que resplandecen de verdad en la realidad, resplandecen de justicia, e intentan que se haga justicia. El testigo ha de ser fiel, ha de ser un narrador exacto, escrupuloso, importa su conciencia. Es un testimonio en conciencia. Se identifica, a veces, el testigo con una causa, y se identifica hasta tal manera que incluso está dispuesto y hay quienes dan la vida por la causa, por los amigos, por la mujer, por el marido, por los hijos, por los demás, es excepcional, pero existen estos testigos, no olvidemos que la palabra testigo viene del griego, mártir.

El testimonio de Jesús.

testimonio es siempre a favor de..., o en contra de... y aquí entra en su segunda dimensión del testimonio que es el aspecto judicial.

Un testigo es el que declara en un juicio, de modo que el testimonio no es una narración, es una narración-declaración. Es una declaración a favor de o en contra de, en un proceso, a veces en un tribunal, el testigo es el que tiene que hacer una declaración, esto lo vemos en las películas, sobre todo en los americanos: "... sólo la verdad, nada más que la verdad. A favor o en contra, de tal manera, que podemos decir que el testimonio no es una narración, es una declaración frente a la condenación y frente a la salvación. Diríamos, en definitiva, un buen testigo es el que va a salvar, no el que va a perder, no el que produce perdiciones, sino el que produce salvaciones, es un salvador o un liberador, o uno que promueve la liberación; en última instancia intenta que resplandezca la justicia.

Lo que se trata es que haya justicia, que se haga justicia, que no haya unos tribunales de un tipo, que no haya tribunales de otro, que la justicia tiene que ser cumplida con todos, con los terroristas y con los golpistas, con todos. El testigo ya empieza con un proceso diríamos de

Quizás para entender lo que significa ser testigo, cristiano, testigo de esperanza, en este mundo oscuro, con estas, diríamos, claves de dimensiones humanas que tiene el testimonio pasemos en este segundo punto de esta tercera parte al testimonio de Jesús. San Juan, en la Apocalipsis, le aplica algunos calificativos definitivos: Jesús es, en primer lugar, testigo veraz. ¿Pero testigo veraz de qué?. Un testigo veraz del Reino de Dios. Jesús lo que testimonia en última instancia es el Reino de Dios, un Reino de aquí y de allí, de los niveles elementales y de toda su plenitud.

Relata, anuncia, se compromete, es un testigo. No se testimonia a sí mismo Jesús. No testimonia a Dios a secas, ni por supuesto a la Iglesia. El testimonio de Jesús es el testimonio del Reino de Dios. El Evangelio del Reino es testimonio para todos los pueblos, porque es palabra de vida. Naturalmente por ser un testigo del Reino y un Reino que comienza aquí y que quiere que se implante aquí, Jesús proclamó el Reino de Dios empezando por los niveles primarios: da de comer a los hambrientos, y reparte el pan. La multiplicación de los panes es de los pocos signos que hay en los cuatro Evangelistas: reparte el pan, reparte el vino, tiene hambre, pide

de comer, come, come con pecadores y cura a los enfermos. Para ser un testigo de la vida y un testigo que testimonia al Reino, Jesús comienza a comprometerse con el Reino, y cura y multiplica los alimentos. La Eucaristía, no la olvidemos, no es solamente una continuidad de la última Cena y comidas del Señor, con el peso indudablemente importante porque fue la última, pero la conexión fundamental de la Eucaristía es con todas las comidas repartidas por Jesús. Comidas de reparto por una vida amenazada por el hambre. Comidas de reconciliación por una vida aniquilada y segregada de pecadores, especialmente los que tenían las profesiones incompatibles con la participación sinagoga o con la participación incluso social.

Segundo, es el testigo fiel. Testigo fiel fue Jesús fundamentalmente en el proceso, o en el juicio. Toda la vida de Jesús podemos decir que está en contexto de proceso. No olvidemos que los primeros escritos narrativos, los testimonios por escrito primeros, recogidos y escritos, fueron fundamentalmente los escritos de la Pasión. Luego después se va añadiendo y recopilando distintas palabras, etc. El texto más largo, completo, la catequesis más amplia, el testimonio escrito que abarca una gran parte de los Evangelios precisamente es la Pasión. Termina con un proceso, proceso que Juan lo describe al modo rabínico: dos testigos, acusación de falsos testimonios, presencia de testigos perjuros, perversos, y Jesús, el testigo fiel, da testimonio de la verdad; naturalmente que no es decir la verdad, es un testimonio en el cual él es el testigo, el testimonio y la dignidad testimonial. Al final diríamos que en ese proceso, en la ultimidad de ese proceso, Jesús es el testigo total. Los Evangelios no es más que un relato y un proceso, un proceso que se hace a Jesús, que nos hace Jesús, por que resulta que el juzgado, que el sentenciado, que el condenado va a ser el juez, y Jesús muere en la cruz según el Evangelio de San Juan, como un soberano, como un Señor.

Tercero, es un testigo consciente. Es un testigo con conciencia, con una toma de conciencia gradual, con una identificación, va cayendo en la cuenta. Por supuesto, sabemos por la fe que todo el espíritu de Dios estaba en Él, pero Él va desarrollando una conciencia, dentro de la fidelidad y dentro de la veracidad. No se dejó atrapar por partidismos, tomó parte por pobres y pecadores. No estuvo al margen de los conflictos, fue riguroso en los análisis, estuvo en la encrucijada de la vida, se metió en el corazón de la ciudad, fue coherente con su práctica, se jugó la vida: Jesús es el profeta asesinado, es el justo perseguido, es el servidor

sufriente, es el testigo. Es el testigo por antonomasia.

La muerte de Jesús se puede decir que es el supremo testimonio o el supremo martirio, en sentido de equiparación de la palabra testimonio con el vocablo martirio. Su muerte, por supuesto, es una muerte humana. Es una muerte violenta, pero es una muerte donada, o una vida donada en la muerte, es una muerte en favor de la vida, termina dando la vida, prometiendo la vida. Es una vida que promete reconciliación, promete perdón y resurrección. "A Este que vosotros crucificasteis Dios lo resucitó".

Conclusión.

Dos acentos del testimonio cristiano. Primero, el testimonio cristiano incluye el anuncio de la fe, pero lo rebasa. Testimoniar no es anunciar la fe o confesar la fe sin más: eso es necesario. Diríamos que el testimonio cristiano es confesional, pero no simple confesión de fe, es un acto, por supuesto, que atestigua la fe, el testimonio cristiano. Si no se atestigua la fe no hay riguroso testimonio cristiano; habrá otro testimonio, y hay testimonios admirables. Pero el testimonio cristiano necesita que lo nuclear, diríamos, esté ahí, en la confesión de la fe, aunque no se reduce a ella. Los Sinópticos y Los Hechos, están preocupados por el anuncio de la fe, la proclamación, la predicación, hoy llamamos misionera, pues hablan del mensaje, la Buena Nueva, el Evangelio.

Dios por Jesús es reconciliación, es vida para siempre, lo que es la Buena Nueva, el Evangelio. Diríamos que la preocupación está puesta en el primer anuncio, en los anuncios. Hay que anunciar, hay que confesar la fe, y comienzan a confesar la fe, sin ideología misionera, la palabra misión no aparece explícitamente, ni evangelización. Son vocablos nuestros, mucho más recientes, lo que aparece, si es una realidad: que la fe se contagia, diríamos que hay una comunicación celular. Lo que no se puede es ser creyente sin contagiar, sin comunicar la fe, sin explicitar la fe. Eso es imposible, hasta tal punto que lo más importante del creyente es su comunicación de fe, su contagio de fe.

Se puede comunicar por palabras, se puede comunicar por silencios, por supuesto con obras, etc. de mil aspectos. Esa comunicación de la fe es evidente. Enseguida aparecen las dificultades a la hora de comunicar la fe, porque la fe fue rechazada, esa fe nueva, esa Buena Nueva fue rechazada, especialmente por el pueblo judío. Fue un fracaso, lo tuvo Jesús y lo tuvieron los primeros, hasta tal punto que la comunidad de Jerusalén quedó muy reducida, ya después

de la destrucción del Templo del año 70 desaparece prácticamente. Incluso si hubo después una comunidad cristiana en Jerusalén fue una comunidad pagano-cristiana, de tal manera que fue un verdadero fracaso la testimonialidad de la fe con el pueblo judío.

Aparecieron tensiones entre los judeos-cristianos y los paganos-cristianos en las primeras comunidades; y por supuesto después en ese mundo que se abre indudablemente por los puertos, por los barcos, por los mercados, por los trabajadores sencillos, por los esclavos, que es en el mundo romano en donde la fe queda propagada. Tan pronto, que ya a finales del siglo primero y comienzos del siglo segundo hay unas declaraciones de que estos nuevos ateos, este género de cristianos es un peligro. Y a los cristianos se les llega a condenar por atentado de lesa majestad, o de atentado contra la paz y el orden romano. Aparece, pues, la persecución y el martirio. De ahí que Juan, más sensible, por escribir más tarde, no por corregir a los anteriores sino por releer el Evangelio o recontar o narrar, utiliza otras palabras relativas al martirio, a la testimonialidad, es un evangelio de la testimonialidad. El cristiano, pues, si no expone su fe, si no la explicita, no da testimonio.

Y segundo lugar, diríamos que el testimonio es una fe explicitada, una fe comunicada, una fe transmitida, una fe dicha con compromiso y con consecuencias de compromiso. Estas consecuencias de compromiso pueden variar y de muchas maneras. No todos los sufrimientos que tiene la Iglesia son porque es testimonial. No. A veces hay sufrimientos porque la Iglesia, o ciertos cuerpos de la Iglesia, realmente no hacen análisis, o no atinan, o tienen intereses, o defienden intereses. Pero cuando la Iglesia colegialmente, un cuerpo en grupo, defiende la vida del pueblo frente a la muerte que amenaza, defiende una libertad frente a los márgenes que son coartados por distintas fuerzas, de un género o de otro, entonces naturalmente esa Iglesia sufre. O bien, puede llegar a una persecución y al martirio, caso Romero; podíamos extendernos en la testimonialidad de Romero para analizar una testimonialidad, una testimonialidad diríamos desbordante y casi última. Y un documento testimonial, a mi modo de ver, y aquí doy mi opinión por supuesto muy personal, en un documento como ha sido el de los obispos vascos, testimonial, en que se sufre la incompreensión, el rechazo, el recelo, etc.

Madrid, 10 de abril, viernes, de 1981